



Estimados amigos:

Para el Centro INAH Sonora es muy grato evocar en esta edición del boletín Señales de Humo, la vida y obra de la Dra. Beatriz Braniff, pionera e impulsora de la arqueología en México.

A través de estas páginas se expresan diversos acontecimientos y anécdotas de la Dra. Braniff, presentados en el memorial realizado en su honor, en el mes de marzo de 2014, -a tres meses de su fallecimiento- en la ciudad de México, donde investigadores de todos los ámbitos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, tuvieron participación.

“Tita”, desde sus inicios en el ámbito académico y de investigación, logró distinguirse como una intelectual dedicada a realizar los fines y objetivos del INAH, marcando toda una época; aunada a su constancia y dedicación que hoy se expresan en diversas líneas de investigación, aplicadas en algunas regiones del país.

Sus aportaciones en el Norte de México se reflejaron en Sonora desde el año 1973, cuando fundó junto con el Antrop. Arturo Oliveros, el Centro Regional del Noroeste de México, hoy Centro INAH Sonora; así como en Chihuahua donde con un grupo amplio de investigadores de la región, concibió los contenidos y fundó el significativo Museo de las Culturas del Norte en la Zona Arqueológica de Paquimé.

En materia de investigación su percepción de la Gran Chichimeca en su interacción con Mesoamérica y el Suroeste de los Estados Unidos, quedaron plasmadas en una vasta bibliografía que constituye un rico legado para las nuevas generaciones; y que hoy, a través de este boletín, rendimos como un humilde reconocimiento desde estas tierras del noroeste que tanto la acogieron.

Antrop. José Luis Perea González
Delegado del Centro INAH Sonora

Experiencias en San

Corría el año de 1959 cuando en el Departamento de Estudios Históricos -recién inaugurado y dirigido por Don Wigberto Jiménez Moreno, llamado El Gallinero- llegamos a trabajar un entusiasta grupo de mujeres (de ahí el nombre) interesadas en la investigación histórica y antropológica. Todas estábamos orgullosas de pertenecer al grupo del profesor que tanto admirábamos desde tiempo atrás; entre otras, Alicia Olivera, Tita Braniff y yo, apenas salida de la carrera de Historia del Arte de la Ibero. Enseguida nos entendimos y comenzamos una profunda amistad que duró todos los años.

En poco tiempo Tita me convenció de las bondades de la arqueología y me invitó a trabajar con ella en su proyecto de tesis “La Frontera de Mesoamérica”. Nos fuimos a buscar la frontera en el tren que iba de la ciudad de San Luis Potosí a Monterrey y que se paraba en cada pequeño pueblo. En ellos nos bajábamos y nos instalábamos donde podíamos, para realizar los recorridos de campo buscando sitios arqueológicos con cerámica o sin ella, es decir, el límite de los pueblos sedentarios en esa región del país.

Cuando llegamos al pueblo llamado Charcas, la primera fundación del estado, en uno de nuestros recorridos encontramos a un grupo de huicholes que iban en su peregrinación anual a recoger peyote. El encuentro nos entusiasmó muchísimo. La persona que nos había acompañado al recorrido -el presidente municipal de Charcas- le dijo al jefe del grupo huichol, “oiga, por qué no se lleva a las muchachas, están muy encantadas con ustedes”. El huichol nos miró de arriba abajo y dijo “y yo pa’qué las quiero” ¡Nunca habíamos recibido tal desaire!

En esa región el agua escaseaba; en las casas en las que nos recibían no había agua ni para beber, menos para bañarse. Conté unos quince días en los que nuestro cuerpo no supo del agua, nuestros cabellos estaban pegados al cráneo y al paliacate.

SeñalesdeHumo

Comité Editorial:
Esperanza Donjuan Espinoza
Raquel Padilla Ramos
Elisa Villalpando Canchola

Participaciones en esta edición:
Amalia Attolini Lecón
Ana María Álvarez Palma
R. B. Brown
Elisa Villalpando Canchola
Mayán Cervantes Leandro
Deborah Oliveros Braniff
Guadalupe Piña Ortiz
César Armando Quijada López
José Luis Ramírez Ramírez
Pedro Francisco Sánchez Nava

**La edición presente corresponde al periodo: enero a abril de 2014.



Beatriz Braniff y Mayán Cervantes en Bledos, San Luis Potosí.

MAYÁN CERVANTES LEANDRO
Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH

Nuestro aspecto era terrible. Cuando llegamos a Matehuala, última estación del estado, averiguamos que había un buen hotel, de esos de carretera, con baño y todo. Nos encaminamos enseguida, ávidas de agua, de un colchón y de comida caliente. Pero al llegar al hotel, que lo sentimos francamente lujoso, nos detuvieron en la entrada y nos comentaron que ese hotel era muy caro. Fue muy difícil explicar las razones de nuestro deterioro, pero propusimos pagarles por adelantado y así nos dieron una habitación. Cuando nos bañamos y nos pusimos el único vestido limpio, sacado del fondo de la mochila llena de piedras, tepalcates y alguna que otra botella de ron, pues resultó que no nos mirábamos tan mal y entonces fuimos objeto de toda clase de especulaciones. ¿De dónde vienen? Ya sé, son artistas del circo, nos dijo alguien.

Al otro día, el dueño del hotel, en un auto elegantísimo, se prestó a llevarnos a nuestros recorridos por el campo, arriesgando su integridad social, personal y la de su automóvil.

Regresamos por la misma vía a la ciudad de San Luis Potosí, allí conocimos a don Octaviano Cabrera Ipiña, gente de abolengo potosino y solterón apasionado por la arqueología. Al ver a Tita, decidió invitarnos a vivir en su casa y solicitó trabajar con nosotras. Está de más comentar que se enamoró perdidamente de Tita. Era la segunda temporada, en la cual el reconocimiento se haría en pueblos cerámicos, los recorridos entonces se volvieron intensos, pero amables y más cómodos en auto.

Casualmente, los Cabrera Ipiña habían recuperado las doce haciendas que les había quitado la

revolución y los sitios que trabajamos, se encontraban siempre cerca de alguna de esas haciendas, en ellas vivíamos encantadas. Una de las más espectaculares era Bledos, en el altiplano del estado y otra, bellísima, en la zona más baja del Río Verde. En ellas pasamos varias temporadas.

Tita invitaba a sus maestros arqueólogos a visitar los sitios para discutir con ellos su trabajo. Uno de los días nos visitó Piña Chán que como siempre, cuando veía un montón de piedras, agarraba un pico y una pala y, de la nada, aparecía el basamento de alguna pirámide, ésta vez fue una chica, ya que en esa zona los sitios son poco espectaculares.

Hubo otros viajes. En uno de ellos trabajamos en Salinas, pueblo fronterizo con Zacatecas. Como siempre nos albergó el presidente municipal en su casa, el viudo don Juan Manuel. Después de unos días, recibimos una delegación de gente del pueblo que iban a pedir mi mano para casarme con don Juan Manuel, argumentando que él estaba muy solo y le hacía falta una mujer. Les pareció a ellos, no a don Juan Manuel, la más adecuada. Fue difícil explicar las razones de mi negativa, no las comprendieron a cabalidad, el viudo era dueño de la farmacia del pueblo, tenía una mueblería, en fin ¿qué más podría yo anhelar? Afortunadamente, el trabajo se terminó en poco tiempo y pudimos escaparnos del pueblo.

Hubo otros viajes inolvidables, mucha cercanía, experiencias, aprendizaje, que marcaron y cambiaron mi vida. Tita me transmitió sus conocimientos, su fuerza, sus valores, todo lo que era su ser extraordinario. Siempre estaré agradecida y en deuda con ella. 